

# Yo, Agamenón

## Los héroes de Homero

GIULIO GUIDORIZZI

TRADUCCIÓN DE  
BLANCA GAGO DOMÍNGUEZ



Título original:

*Io, Agamemnone*

Primera edición: octubre 2024

© 2016 Giulio Guidorizzi

All rights reserved

Published by arrangement with The Italian Literary Agency

© 2024 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2024 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-51-1

Impreso en España

Depósito legal: M-12120-2024

*En memoria de Antonio Aloni*

Yo, Agamenón

## PRÓLOGO

De él nos ha quedado un rostro aprisionado en oro, si en verdad es de Agamenón la máscara mortuoria que contempla altiva a los visitantes del Museo Arqueológico de Atenas: un hombre de nariz fina, con un pliegue altanero en los labios y un semblante que expresa orgullo, desdén y fiera majestad. Cuando Heinrich Schliemann la descubrió en el círculo de las tumbas reales de Micenas, dispuesta sobre el cráneo de un hombre que llevaba sepultado más de tres mil años, no dudó ni un segundo. No podía ser nadie más que él, el rey al que Homero llama «pastor de pueblos» o «señor de los hombres»; así, afirma que solo él es poderoso, el «poderoso Agamenón», *kréion Agamémnon*, y es como si la voz se le dilatara al pronunciar su nombre. «Hoy he encontrado a Agamenón», telegrafió aquel día Schliemann al rey de Grecia. Ni siquiera la lejana muerte forjada sobre el metal fue capaz de difuminar la sombra de poder que aún se esboza en los ojos y la frente.

Conocemos su nombre porque existen los versos del poeta que le rindió homenaje, y porque la palabra es lo único inmortal de verdad —lo demás perece—, aunque no todas las palabras: solo las que perviven porque la Musa las dictó a ciertos hombres, los aedos. Estos, a su vez, las enseñaron a sus discípulos para que los hechos acaecidos no se olvidaran; son palabras capaces de franquear los umbrales del tiempo porque saben percibir los vínculos secretos que existen entre las cosas. *Rododáktylos eos*: la aurora tiene los dedos rosados cuando sus primeros rayos aparecen en el cielo. *Oínopa pón-ton*: el mar es del color del vino y, como él, bulle de vida mágica e incansable.

En las orillas e islas de ese mar, el Egeo, surgió, hace ya unos tres mil quinientos años, la civilización que hoy en día definimos como occidental, y la primera aurora de ese mundo se alzó sobre un pueblo conocido gracias a los versos de un misterioso poeta que celebró las hazañas de unos hombres llamados héroes. En realidad, son apenas un puñado: Aquiles, Héctor, Odiseo y unos pocos más. Hay, además, una ciudad por conquistar que parece inexpugnable y resiste el asedio durante diez años, protegida por el arrojado de los hijos de un viejo rey y por una estatua divina, el Paladio, que dichos héroes tendrán que robar para vencer por fin a los troyanos. Y todo por una mujer que ha abandonado a su marido para seguir su propio destino.

Pero ¿quiénes son esos héroes? Muchos dieron su vida en las llanuras de Troya, y sus cuerpos acabaron devorados por los perros y los buitres. Desde entonces, todos ellos conforman la memoria de nuestra civilización. Estaban comandados por un hombre que reinaba en una ciudad defendida por murallas gigantescas, Micenas, un nido de águilas donde sucedieron hechos muy crueles. Nadie llevó a Troya tantos soldados, naves y carros de guerra como él; cien barcos repletos de los guerreros más fuertes elegidos en numerosas ciudades, que Agamenón dirigía pertrechado en su armadura de bronce, reluciente bajo el sol.

Los cantores recuerdan lo que ocurrió, lo bello y lo feo, todo mezclado. Y recuerdan al rey Agamenón y al ejército de su pueblo, los aqueos; *aqaiwasa* para los egipcios y *ahiawa* para los hititas. Los mencionan en sus crónicas porque hallaron los filos de sus armas de bronce y la belleza de sus artes. Los aqueos conquistan ciudades, llevan sus naves a tierras lejanas y a veces otros pueblos los requieren para combatir a su lado y luego los recompensan con grandes cantidades de oro. Su lengua es la más ágil de todas las lenguas a la hora de formular pensamientos y nombres.

Sin embargo, los antepasados de los aqueos no sabían nada del mar color vino. Tal vez vivían entre llanuras aisladas por donde corrían a caballo y llevaban sus rebaños a pacer; en campamentos de tiendas y cercados de pastores nómadas donde había que velar por las noches a turnos para proteger al ganado de los animales salvajes y a las mujeres y los niños de los saqueadores, y con el amanecer bendecían la luz. Eran hombres instruidos en toda clase de peligros, y cuando llegaron a esa parte del mundo, conquistaron ciudades que otros hombres llevaban habitando mucho tiempo; hombres esbeltos y oscuros, diestros en fabricar naves y construir palacios. A las nuevas tierras se llevaron consigo las divinidades de los lugares de donde venían. Profesaban una religión tribal fundada en la familia patriarcal: Zeus era un padre y, sobre todo, un fecundador. Sus atributos de poder eran el rayo y el trueno, con los que acompañaba a su pueblo desde la época remota en que este vivía en las extensas e ilimitadas llanuras, donde el cielo y sus fenómenos se manifestaban con una

fuerza desmesurada y los hombres se sentían ramitas a merced de la tormenta. En su viaje hacia el Mediterráneo descubrieron otras divinidades, sobre todo una diosa a quien los hombres del sur daban muchos nombres, por lo que ellos también la llamaron con los nombres de sus diosas: Hera, la esposa divina, Gea, Rea o incluso Deméter, la tierra fecunda. Todas ellas constituyen facetas distintas de una misma fuerza femenina, oscura y omnipresente, que sabe generar árboles, animales, hombres y mieses sin fin. Descubrieron que la diosa ya existía en las penínsulas abrasadas por el sol y el viento a las que llegaron, y aparecía representada en estatuillas de mujeres desnudas con el vientre hinchado y fértil y las caderas anchas. La llamaron *Potnia*, «la señora». Los viejos y los nuevos dioses mezclaron sus nombres, pero su naturaleza siguió siendo la misma. Aunque los ancestros de los aqueos impusieron muchas de sus antiguas costumbres, también los vencidos enseñaron a los vencedores muchas cosas que desconocían, sobre todo las palabras escritas y, entre ellas, la que indicaba un elemento natural que los aqueos jamás habían visto antes: el agua estriada de espuma y atravesada por la proa de los barcos; *thálassa*, el mar.

Desde entonces, los documentos grabados en tablillas de arcilla se compilaron, bien ordenados, en los archivos reales: los escribas registraban todo lo que acontecía mediante un sistema adoptado en esas tierras soleadas y aplicado a la nueva lengua. *Wa-na-ka-te*, señor; *ti-ri-po-de*, trípode; *ie-re-j-a*, sacerdotisa; y los dioses *A-sa-na*, Atenea, *Dio-ni-so-wos*, Dionisos: signos que se transformaban en sonidos y sonidos combinados en palabras, todas las necesarias.